

17 CUENTOS ADULTOS

Tiquicia Vargas



Image not found.

Capítulo 1

PRESENTACIÓN

La vida diaria suele pasar silenciosa ante la mirada de todos, nadie tiene el tiempo de mirarla cuando se nos cruza delante, cuando la vemos cruzar la calle o cuando se detiene en la acera de enfrente, tampoco la notamos cuando descansa en casa. La vida diaria que para la mayoría suele ser una dama callada y tímida ha decidido relatar en mis letras un poco sobre si misma.

Estos diecisiete cuentos adultos reflejan de forma imaginativa mi visión de la realidad y la cotidianidad de distintas personas, algunos son totalmente ficticios, otros se basan en historias oídas, leídas o hechos reales que han sucedido en algún momento del día a día. Quiero darles las gracias a las personas que se tomen la enorme molestia de leer las páginas subsiguientes, ya que por su libre voluntad me permiten contarles estos cuentos cortos. Mi mayor deseo es que les guste su lectura y tomen en cuenta leer obras futuras de esta su servidora.

Image not found.

EL DIARIO DE EDUARDO

Sobre la mesa permanecía el diario a simple vista de todos, nadie se atrevía a tocarlo desde que Eduardo lo dejará con la súbita advertencia; es que acaso la amenaza se cumpliría, ¿quién sabe? Desde aquel día ninguno había vuelto a mirar a Eduardo, ya no se acercaba a la casa o al trabajo, ya no visitaba a Ana y tampoco trasnochaba con los amigos, había desaparecido.

Con el diario quedó también el recuerdo de esa personalidad arrolladora, fuerte e imponente que lo destacaba; era un hombre más bien bajo, con la mirada profunda y de rala cabellera ya cubierta totalmente por las canas.

La amenaza seguía en pie aún cuando él ya no estaba allí para hacerla cumplir; como un centinela un reloj cucú le contaba el tiempo a las paredes, a la cama, a las cortinas desteñidas que cubrían las dos ventanas apenas cerradas. La amenaza era lo único que quedaba como guardián de sus últimas palabras; por fin alguien se atrevió, abriendo el diario descubrió el secreto que tan celosamente guardaba: poemas, sonetos y rimas cortadas con pequeños dibujos sin color eran el tesoro que el custodio velaba. Aquel hombre extremadamente machista, recogía en sus páginas verduscas dulces letras.

EL HOMBRE DE LAS PALOMAS

“La compasión humana termina cuando el hambre y la desesperación atacan”

Cada día se planta en el mismo punto de la plaza, su ocupación favorita es alimentar a las palomas y ellas se acercan con tal confianza que se paran en su cabeza, en sus brazos y a su alrededor; todas comen los granos de maíz que poco a poco él va dejando caer. Así pasa las horas del día sin mayor actividad, los niños que también visitan el lugar corren para espantar a las aves, pero pronto regresan a los pies del hombre viejo.

Sin previo aviso, como una bandada que levanta el vuelo, dan vuelta en el aire y regresan al suelo otra vez; vuelven entonces a comer los granos de maíz que él y otros transeúntes dejan caer para ellas. De cuando en cuando, el hombre recoge alguna del suelo y la acaricia entre sus manos,

esta se queda quieta, aceptando el nido provisional que de algún modo le transmitía una sensación anestésica, al emprender el viaje de regreso acomoda la paloma que sostiene entre sus manos en uno de los bolsillos de su chaqueta y allí ella permanece inmóvil.

Ya entrada la tarde en su casa, el hombre normal y sereno saca al pequeño animal con calma y lo deposita en una caja sobre la mesa, se dispone después a preparar una olla con condimentos para su cena.

Con la destreza que solo la práctica da, toma por el pescuezo al ave y lo jala, un solo tirón es suficiente para romperle el cuello, de allí a desplumarla y cocinarla es asunto de un par de horas.

MI TIERRA AGONIZA

“Consumida por la indigencia, el descuido, la basura y el abandono total de autoridades y pudientes, mi tierra se muere, su hambre de progreso y la sed de justicia han aniquilado el ánimo de su gente, que poco a poco se han dejado enamorar por la delincuencia”

Hasta fuera se oían los gemidos de Juana; parir su octavo hijo, no era cosa sencilla. Marcelino espera paciente afuera del hospital dejando a Dios la suerte de su mujer; mientras en el vecindario, todos critican mucho la situación, los siete hijos de la pareja viven descalzos, pero alegres, inconscientes de todas sus carencias, cuatro pulguitos y mal alimentados gatos como mascotas los acompañan, todos descansan en un solo cuarto sobre cuatro camastros duros, pero harán un lugar más.

___ ¡Cómo se les ocurre si no pueden mantener los siete que ya tienen!___, es la frase que todos repiten desde que se supo del embarazo de Juana. Marcelino ya había logrado la proeza de sobrevivir con diez mil colones al mes; para fortuna de la familia encontraron una casa abandonada desde hace tiempo, por eso ya no ruedan de tugurio en tugurio. Sin vidrios, ni drenaje, pero con las cuatro paredes medio paradas y latas viejas de techo, suficiente para no mojarse en invierno. Unas tablas recogidas en la calle, clavadas a tucos hacen las veces de mesa familiar, donde a pesar de la enorme pobreza, nunca ha faltado de comer.

Su vida es ya muy difícil, pero siguen siendo muy agradecidos con Dios. ___ ¡Él jamás nos ha dejado solos!___, contestan una y otra vez cada vez que les echan en cara su falta de planificación familiar.

Cuando se es tan pobre, con hambre y frío en las noches, solo queda el calor del cuerpo de la pareja para calentarse, las horas se hacen menos

largas y se olvidan por un rato, al menos así, se siente menos la pobreza. Mi tierra agoniza, se leía en el titular de un periódico viejo en el que venían envueltas dos yucas y unas papas que les regalaron para la comida unos días después de haber dado a luz a Felipe. Juana se quedó viendo las letras negras, grandes; ella apenas sabe leer, pero entiende lo que quieren decir; pensó un momento en las decenas de personas que duermen en cualquier rincón del parque olvidado a merced del tiempo, los cientos de kilos de basura amontonados en las esquinas, las callejuelas de lastre, los lotes baldíos encharrados, las aguas negras estancadas y luego con tristeza pensó en sus niños descalzos en medio de todo esto.

No hay trabajo en ninguna parte, pero Marcelino sale todos los días a buscar algo, algún camarón que le depare algunos cincuitos como él siempre dice. Ellos siguen luchando, seguros de que a nadie le falta Dios.

EL VIAJE

“Sobre la esperanza de un mejor futuro, se alza la lucha continua de un presente comprimido en la rutina y la costumbre.”

Ya siendo en el reloj las seis de la tarde, se inicia la procesión de pasajeros hacia el interior del autobús, acomodándose en los asientos dispuestos en filas y abarrotando el pasillo hasta casi ir colgando de ventanas y puertas. No entraría ya ni alfiler, sin embargo, el chofer seguía subiendo personas para no dejar a nadie para la próxima carrera.

Setenta y tantos pasajeros amontonados en un estrecho espacio, todos con la urgencia de llegar a sus casas, cansados de jornadas extenuantes y correrías propias de obreros, dependientes, empleadas y meseras. Personas humildes tratando de ganar honradamente un salario mínimo con las deducciones de ley, que les garantice cubrir mes con mes las cuentas y los servicios básicos de los que les esperan en sus hogares. Como una carreta, ruidosa e incómoda, se pone en marcha con dificultad, haciendo piruetas, retrocediendo y avanzando a un tiempo, girando de a poquitos para salir del cajón formado por la larga fila de autobuses, que como él, llenaban sus vientres de metal para iniciar sus carreras hacia las comunidades que esperaban ver llegar a su gente sana y salva, como todos los días. Se inició el viaje de vuelta igual que siempre, con movimientos bruscos del potente y viejo motor que hacían vibrar al autobús completo y a sus pasajeros dentro de él.

Allí, unos asidos a otros los que iban de pie, y con sus pertenencias sobre las rodillas los que tuvieron la suerte de alcanzar un asiento, se daba amena y natural la confraternidad entre los pasajeros que compartían el angosto espacio; las conversaciones eran muy variadas, la mayoría se conocía desde hacía tiempo, el interior del autobús parecía entonces un

gallinero enloqueciendo con facilidad a cualquiera que no estuviera acostumbrado a viajar en el transporte público. Transcurridos unos minutos el autobús apenas había logrado avanzar unos metros. La fila interminable de semáforos en rojo, cientos de voces mezcladas, todas hablando al mismo tiempo y los automóviles encendidos y en espera, llenan el ambiente de ruido ensordecedor, pesado. Afuera del camión esperaban los vendedores ambulantes que con chocolates, lapiceros y chucherías trataban de arrancarles a los pasajeros los cien colones que costaba cualquiera de sus maravillosas ofertas, así se ganan la vida.

Mientras con dificultad avanzaba en la fila se escuchaba a los pasajeros reclamarle al chofer la lentitud en su forma de manejar, uno entre todos, grito sin pensar: __ isoque, soque, que se me pasa la novela!__, enseguida la risa contagió en todos los presentes un poco de relajante humor en sus estresadas rutinas. En una de las primeras paradas, se subió una señora con un montón de bolsas en una mano y una catizumba de chiquillos en la otra, apenas pudo darle con mil contorsiones el menudo del pase al chofer, ya acomodada adentro, el chofer le grita:

___ ile faltan cinco pesos señora!___, entonces la mujer con un obvio gesto de incomodidad mandó la monedita con uno de los niños, el que se encontraba más cerca de la entrada. Desde el fondo del autobús, casi como un reflejo instantáneo, uno de los pasajeros le contesta:

___ icójalos del vuelto del pan!___, y en el instante las carcajadas volvieron a llenar el aire como una ola de viento fresco, muy a pesar del enojo indiscutible del conductor, que se aferraba con fuerza al enorme volante.

El viaje continuaba, poco a poco logró el automotor salir de las congestionadas calles y avenidas del centro de la capital, conforme fue avanzando, fue abriéndose la calle, dando más espacio y haciendo más rápido el tiempo transcurrido en el angosto espacio, ahora el rudo brincoteo y el pesado ruido del motor, ni se sentían. Pasando la rotonda empezaron a bajar muchos de los pasajeros, y los que iban quedando se empezaban a sentir un poco más cómodos, ya solo quedaban unos asientos ocupados cuando se oyó a dos nuevos amigos conversar sobre el tiempo que tenían de vivir en el barrio, la conversación se tornó cada vez más amena, y fue el momento de compartir direcciones:

___ ¿y vos, vivís aquí cerca? ___ isí, sí, allí!___ doscientos al sur de la entrada verde, donde está la perra echada___ esa es mi choza. ___ .

___ ¿y vos? ___ Yo me bajo en la pulpería de Don Simplicio, de allí son cien varas adentro, es el único portón negro___

El viaje terminó, sanos y salvos los cuatro pasajeros que quedaban se

bajaron en la Terminal del barrio para entrar por fin en sus casas.

EL DIAGNÓSTICO

“¿Quién sabe si se nace siendo o se aprende a ser?, en la vida solo hay dos tipos de personas, las que se cuidan a sí mismas y las que no lo hacen”.

Una vida entera dedicada a lo mismo, sabía de sobra su precio en la calle; la vida misma se lo enseñó desde niño. Hoy hecho ya un hombre, solo podía pensar en todos los cuerpos que chocaron con el suyo en hoteles de mala fama. Tirado en su cama sabiéndose moribundo, la pregunta que no podía responderse a sí mismo lo torturaba como una puñalada, sin darle tregua alguna:

¿Cuál de todos sus clientes lo infectó?,

Todos se veían tan sanos, tan normales dentro de una sociedad insensible a la justicia, a la equidad o al respeto en todas sus formas; hoy, solo se ven pobreza, injusticias, delincuencia y corrupción por todas partes. Cómo había olvidado que la desconfianza era lo único que podría protegerlo, ese olvido le costará ahora la vida.

Años atrás, un breve resfrío que lo castigó un par de semanas marcaba la primera fase de la enfermedad, después, no volvió a sufrir ningún síntoma, se sentía como un toro en celo, fuerte, eufórico, lleno de vida; la noticia le aniquiló esa sensación de un golpe. Primero tuvo escalofríos, luego fiebre, después la neumonía hacía fiesta en su interior; todo se hizo tan vertiginoso, que la infección ya no tenía ningún reparo en mostrarse abiertamente, lo tenía carcomido casi por completo.

Mientras el médico leía el resultado de los exámenes diagnosticando el fatal fallo, él solo conseguía acertar en una única conclusión: __ ¡ESTOY MUERTO! __, entretanto el médico le repetía: __ se encuentra en la tercera etapa, le aplicaremos un tratamiento para aminorar los síntomas __, extendiendo una larguísima receta llena de nombres de pastillas, el orden y los horarios en los que debía tomarlas, pero si no hay cura posible, qué importancia tendría extender más su agonía, qué sentido habría en prolongar su vida.

Afuera del consultorio, una larga fila de pacientes esperaba su consulta; tuberculosis, toxoplasmosis, meningitis, neumonía; todos tenían algo distinto, como si los médicos se hubieran empeñado en darle un nombre

diferente a cada paciente, pero todos ellos sufrirían el mismo destino, se decía a sí mismo. Moriremos sin ninguna duda. Devuelta en el cuartucho que compartía con otros cuatro compañeros de oficio, solo podía pensar en el diagnóstico médico y en la frialdad con que lo leyó el hombre de gabacha al otro lado del escritorio, recién entonces notó que usaba guantes plásticos. Pensó entonces en cada una de las letras que formaban el nombre de su verdugo, después de llorar por horas la decisión, llegó a su mente como la única solución posible. Unas gotas de veneno para ratas fueron suficientes; entre convulsiones y gemidos espantosos exhalaba su último aliento. Días después del entierro, la noticia se regó como una plaga entre todos sus conocidos; un error en la caligrafía había confundido su expediente con el de otro paciente.

LAS PRIMERAS LETRAS

“Las manchas formaron figuras, las figuras formaron dibujos, los dibujos formaron bocetos, los bocetos formaron letras, las letras formaron palabras, las palabras formaron historias y las historias formaron una vida”.

Vio sobre su cama la ropa nueva, adquirida con el sueldo de barrendero de su papá, falda y blusa, zapatos y medias, ropita interior, dos cuadernos y un lápiz, se sentía la niña más dichosa. No había nadie con mayor fortuna que ella, iba a la escuela por primera vez, su mamá con cariño bordó su nombre en la ropa y escribió sus datos en la primera hoja de ambos cuadernos y todo estaba listo, su primer día de clases estaba a unas horas.

Sentía susto, cómo sería estar en la escuela, jugaría mucho y haría muchos amigos, su maestra sería muy buena y la querrá mucho, eso le dijo su madre, ella jamás mentía. Con el atardecer llegó la cena, con la cena llegó la noche, con la noche llegó el sueño y con el sueño el descanso a un día entero de preguntas, de emoción y de más preguntas, se imaginaba en un jardín lleno de flores, con muchos niños jugando con ella y una mujer vestida como una princesa que los cuidaba y reía con ellos. Su primer día de clases llegó pronto, vestida con su uniforme nuevo iba por la acera de la mano de sus padres.

Miraba a su alrededor buscando a la princesa de su sueño, pero no estaba, tal vez ya había llegado a la escuela y la esperaba adentro con todos los demás niños que jugaban con ella mientras dormía.

Al volver en sí después de sumergirse en sus propios pensamientos, se topó de frente con un enorme portón plateado, muchos niños llorosos y

asustados entraban, pero no veía a ninguno volver a salir, entonces un sentimiento terrible la hizo temblar, el pensamiento se le llenó de arañas y empezó a llorar también. "Mamá no te vayas_ repetía entre sollozos una y otra vez."

EL INDIGENTE

"Abandonada a su suerte y a sí misma pasa sus días la gente que sobra, la que por razones distintas lleva la vida en las calles, bajo los puentes o en los parques."

Cuando la noche empezaba a enfriar acomodaba su cama usual en la banca del parque, se quitó las medias agujeradas y perfumadas por la calle en su andar permanente sin rumbo, luego tiró a un lado del respaldo los sobros de comida adquiridos en el mejor basurero de la zona, se acarició el estómago con cierta complacencia y se acostó con el cansancio de un largo día haciendo nada. Amontonadas bajo su cabeza descansaban en un salveque viejo y roído sus escasas pertenencias, contados con los dedos de una mano sus cuatro chunches rotos, estos eran sus únicas posesiones en la vida. Con las ropas sucias, así como todo él pasaba las horas deambulando solo por las calles de la ciudad durante el día.

En su espalda sobresalían dos tubos de acero que utilizaba para protegerse de otros indigentes, sostenidos entre la piel y el reverso del pantalón aún puesto, eran lo que lo mantenían malviviendo, porque al amparo de la calle solo se puede malvivir.

Nadie sabe su nombre; a nadie le interesa, solo es un indigente más afeando las calles, evacuando sus desechos en cualquier acera, lote baldío, o espacio que para este fin le pareciera bueno. Vociferando barbaridades el día entero trataba de que alguien lo mirara, lo tomara en cuenta como a una persona, era su forma de tratar de llamar la atención; pero nadie quiere verlo, ni siquiera saber que existe, que esta allí, que es una realidad de nuestra sociedad. Maloliente, piojoso y con cicatrices expuestas e infectadas, solo espera el momento en el que siquiera Dios se acuerde de él.

FRUSTRACIÓN

“Un espíritu frustrado y encerrado en las cuatro paredes de la mente, determina el grado de locura o genialidad para cualquier ser humano”

Pasaba las horas frente a su mesa, escribiendo, arrancando y destruyendo cada hoja terminada, volviendo a empezar con las mismas letras una y otra vez, su texto, un escrito iniciado hacía casi tres años parecía haberse detenido en un mismo punto, de allí no avanzó más. Sabía que las ideas estaban prisioneras en su cabeza, pero no conseguía dejarlas en libertad. Sin conseguir terminar su historia, leía y releía el mismo trozo cada vez:

__ “Salvaje y brutal era el golpe de las olas sobre la costa desprotegida mientras la luz tenue del faro se apagaba al amanecer...”

Seguían los puntos suspensivos frente a él; impidiéndole continuar el párrafo y manteniéndolo a él mismo suspendido en el mismo momento. Cómo debía acabar el villano, la heroína debía terminar con el galán, o sería mejor que continuara su viaje sola para seguir su aventura en un próximo libro; pero cómo pensar en un próximo libro si este seguía inconcluso; la consternación y la inconformidad consigo mismo eran un hecho tangible, un estado que lo gobernaba permanentemente. Cualquiera que se le acercara sabía que se exponía a serios insultos, golpes o cosas peores, su enojo era con todos y todo lo que le rodeaba, en los únicos momentos que despegaba los ojos del papel a medio escribir, eran los que aprovechaban para administrarle sus medicamentos, bañarlo o darle de comer. Apenas perceptible el mundo exterior para él ahora, así pasaba sus días en el asilo, donde fue internado después de su última crisis.

LA ESPERA

Se sentaba con frecuencia ante la ventana, esperando, meditando. A veces lloraba desconsolada, otras reía frenética. La mayor parte del tiempo se quedaba meditando en ideas silenciosas que le oprimían el pecho y la cabeza. ¿Qué le sucedía?, ¿Qué le frenaba la lengua de ese modo? La madre en sus visitas le contaba como se encontraban todos en casa, lo hermoso que se veía el jardín, lo viejo que estaba el perro; seguía hablándole con la esperanza de que ella reaccionara, de que demostrara una emoción, la que fuera, pero parecía imposible una expresión en ese rostro pálido por la falta de sol; los medicamentos tampoco surtían efecto en ella, ya nada la hacía reaccionar.

__ Todo esta perdido, señora. No hay nada que yo pueda hacer. __
Contestó el Galeno que la atendía desde hacía tres años. La madre se alejó con la frustración en el rostro y en el pecho, ya no podía más.

Un día apareció un hombre de la nada, nadie lo conocía, nadie lo había visto antes, pero ahí estaba. De pie en la puerta la llamo por su nombre, ella volvió el rostro estático y por fin como un milagro, dos lágrimas le recorrían las mejillas. Se arrojó a sus brazos desesperadamente y lloro, lloro tres largos años de silencio. Lloró en unos minutos un dilatado mar de lágrimas que se agolpaban en el estrecho corazón que las retenía.

Ese mismo día recogía sus pertenencias y se marchaba con él.

LUCHO

“Los sueños son metas con alas que vuelan en el amplio firmamento del pensamiento y cuando están cansados de viajar, hacen nido en las ramas del tiempo y el olvido.”

Con muchos esfuerzos pagó sus estudios, se hizo a sí mismo con dificultad. Toda una vida de trabajo, primero, cargando bolsas o haciendo mandados a las mujeres de la pensión; después, trabajó de barrendero, portero, mensajero, chofer y cualquier otro oficio que le permitiera seguir adelante. Siempre para adelante. Su madre fue una adicta muy conocida en la zona, era común verla rondar las paradas de autobuses pidiendo una moneda para comer. Pero él no, nunca fue vicioso, ni adicto a cualquier otra cosa que no fuera el trabajo; Lucho lo llaman desde niño, y todos le admiran ese espíritu de superación.

En aquellos años tan duros vivía de arrimado en un cuartito que un vecino le prestaba, también tuvo la suerte de tener un plato de comida asegurado por las personas que allí le estimaban.

-Es buen muchacho- dicen unos cuando se refieren a él.

-Siempre lo ha sido- comentan los otros

-Tan solo que se crió y nunca perdió el camino- se le oye decir a alguien desde una de las paradas del autobús.

Nunca supo quién fue su padre, sabe que a su madre la frecuentaron tantos ebrios y adictos, que era imposible adivinar cuál de todos era su progenitor; el mismo ignoraba qué edad tenía, como ignoraba también, si su madre tenía conciencia de que él la miraba rondar la calle todos los días. Entre las drogas y el alcohol, ella apenas se percataba de que había

gente a su alrededor; con el tiempo, su ropa se convirtió en harapos mal olientes, su cabello lacio en un escobón pasuso, piojoso, y el cuerpo más o menos esbelto, que alguna vez tuvo, en una masa carcomida por la adicción. En ella, ya no había rastro de la persona que alguna vez llegara desde las montañas de San Carlos con el sueño profundo de estudiar, de formarse en una profesión cualquiera y asegurarles un futuro a sus once hermanos y sus padres.

Pero Lucho, sí; él siguió adelante, estudió lo que pudo y trabajó. Siempre trabajó. Con los años, ya hecho un hombre, regresó para caminar por aquellas calles que conocía, que le dieron abrigo y alimento para que sobre viviera de niño. Pero ya no eran las mismas calles, las gentes que le ayudaron ya no vivían por allí; se habían ido como él para encontrar mejores rumbos, donde no los conocieran, donde pudieran escaparse del vicio y la delincuencia que ahora reinaban en esa zona de la ciudad. Este ya no era su barrio.

Ya daba la vuelta a la esquina, para salir de ese lugar perdido de la vista de Dios, y sin darse cuenta, se encontró de frente con una platina oxidada que penetró en un órgano vital, desangrando su cuerpo flaco y cansado de tanta lucha.

Su vista se nubló, apenas pudo distinguir el bulto que sostenía el pedazo de metal, mientras le sacaba de sus bolsillos una billetera, algún menudo y toda pertenencia que pudiera ser canjeada por una piedra o un pito de marihuana. Era una adicta que había vivido allí desde siempre, con los mismos harapos mal olientes, su pelo de escobón pasuso, piojoso y su cuerpo carcomido por la adicción, gobernado ahora por la locura.

DEMONIOS

“Cuando el alma pierde su camino, son los demonios los que aguardan nuestra caída”

Iniciaba el día con la normalidad de siempre, atender al marido, cuidar de los hijos, velar por el funcionamiento de la casa y por cada cosa que hay en ella, así era su rutina diaria, una rutina que la hacía feliz.

Entonces sucedía, ellos venían recitando al oído la lista interminable de amantes que su amado mantenía; ella lloraba tirando de sus cabellos por horas tratando de sacar cada uno de esos nombres de su cabeza mientras los demonios la torturan sin tregua, luego llegaba el cansancio; con el rostro enrojecido y desfigurado por el llanto, se quedaba dormida

suspirando, mal diciendo su suerte. En los momentos de calma levantaba el teléfono para oír su voz, entonces el furor se desvanecía tan rápido como había aparecido.

Cuando regresaba su compañero de penas y alegrías a la casa, ella se acurrucaba entre sus brazos, él se mantenía en silencio tratando de no herir aún más su debilitada cordura. Invasado por la tristeza acepta cada arrebatado de furia sabiéndose en parte culpable de la situación que mantiene mintiéndoles a todos sobre ella y sobre sí mismo. Con la crisis bajo control, recurre al único amigo que puede ayudarlo a sostener su hogar de cristal en pie, días después, contesta a la pregunta de forma serena y convencida: Aquí se marcha de la misma manera todos los días: en las mañanas, el oficio, las tareas, el almuerzo y el café; en las tardes, el bordado, la novela y la charla con las vecinas; nada es diferente mientras los medicamentos sean tomados como el doctor prescribió.

ESAS MAÑAS

“Cuando los hijos pierden el camino, los padres siempre encuentran un culpable en la calle”.

Llegó a la delegación apenas le dieron la noticia en su casa, a su hijo lo agarraron en plena mejenga en la plaza, rodeado de carajillos y con la ropa empolvada; cuatro agentes lo esposaron, minutos después lo montaron en una patrulla sin más ni más. El agente de seguridad pública que atendió el caso lo hizo pasar a un escritorio e inició la lectura del parte policial que se adjuntó a un expediente bastante extenso: robos, tráfico y proxenetismo eran los delitos más mencionados, a la par de otras contravenciones menores. Cuando se cumplen órdenes no hay tiempo de dar explicaciones, le decía otro policía al padre del detenido, mientras fichaban a su muchacho en la delegación central.

Aquí todos lo llaman “El Vainas”, todos lo conocen de sobra; no es la primera vez que cae preso. Lea señor, los cargos son muy serios, las pruebas recopiladas por los oficiales son muy fuertes y muchas personas lo identificaron; lo mejor que puede hacer por él es buscarle un buen abogado, el fiscal ya pidió la prisión preventiva y el juez no tarda en firmar la orden.

El padre mientras tanto, se hacía nudos diciéndose a sí mismo, toda esta situación es un error, el debió aprender esas cosas en la calle: “___” en la casa no se ven esas mañas”___, repetía en voz alta, tratando de excusarse delante de todos los presentes. Cuando las explicaciones terminaron y el triste padre iba ya en camino a su casa, el agente notó

que de su escritorio faltaban un lapicero, un retrato puesto en un marco de imitación de plata y el menudo que le dejaron como vuelto del café de media mañana. Todo lo que pudo hacer fue exclamar con cierta sorna: ___¡qué bueno que en su casa no tienen esas mañas!___.

EL CUMPLEAÑOS DE MARGARITA

“En las manos de un niño siempre hay dos cosas; en una, las esperanzas de un buen futuro y en la otra, la instrucción de los que tienen a cargo su niñez.”

Empezó ese día como siempre, aseándose el rostro y los dientes, lavando a mano sus cuatro vestidos y guardándolos una vez secos en una caja de cartón que mantenía debajo de la cama. Doblaba luego la cobija vieja que utilizaba para abrigarse en las noches y se amarraba los zapatos usados que recibió en una donación que hicieran al hospicio, donde vivía desde hacía tres años; el tiempo justo que llevaba su madre en la cárcel de mujeres el Buen Pastor

Tres años antes, las cosas eran muy diferentes de ahora, solo su pobreza y su soledad eran parecidas; mientras la madre dormía de día y recorría la noche buscando clientela; ella pasaba el tiempo recorriendo las calles sin rumbo, sin ninguna obligación.

Su madre la echó a la vida desde chica, sin ninguna guía. No le dio reglas o advertencias para que se defendiera; la echó como quien echa un animalito a la vida, esperando que el puro instinto le sea suficiente para sobrevivir. Poco a poco fue conociendo el mundo, sus leyes selváticas y su extraña justicia concedida a los que de algún modo pudieran pagar la mordida usual al oficial de policía en turno; ella al igual que muchos otros hijos de nadie, aprendieron que la única familia que tendrían en su vida eran ellos mismos y su normal compañerismo en las llamadas contravenciones, esos pequeños asaltos a transeúntes comunes, que no tienen ninguna consecuencia legal.

Con frecuencia era atrapada en el acto y llevada a la delegación para después ser liberada por falta de mérito. Suerte para ella, que el robo de carteras y los cadenasos no fueran considerados delitos.

Supo de su madre por casualidad, salió un día de tantos en los periódicos, fue aprendida en la frontera tratando de pasar unos gramos de coca escondida en unos cigarros. Ella se enteró por boca de uno de los policías,

que comentaba el asunto con los compañeros de turno.

Pasado algún tiempo; un día cualquiera quiso cambiar, cansada de robar, de vagar y de vivir a su suerte; decidió aceptar la invitación de una de las mujeres que recorrían el barrio y llevaba comida en platos desechables a los indigentes y a los niños de la calle, cada fin de semana; memorizó la dirección que la mujer le diera para buscar en ese lugar el amparo que le negó su progenitora. Aceptó ese ofrecimiento como un náufrago que recibe agradecido un bote salvavidas en pleno naufragio.

Al llegar se acomodó un poco el único vestido que poseía, se peinó con las manos su pelo greñado y suspiró; para tocar con miedo las puertas del caserón. Desde ese día, nadie la vio más recorrer la ciudad, desde ese día había un ratero menos, desde ese día renació un ser humano que había perdido el rumbo en manos del abandono y la desesperación. Ella renació con un nombre nuevo, el nombre de una flor. También recibió a partir de ese día una fecha de cumpleaños; un día que podría festejar cada año como lo festejaban todos los seres humanos que desde siempre habían tenido padre y madre.

MALAS NOTICIAS

Es un día hermoso, dijo el labriego con sorna al mirar el cielo completamente nublado. Su hijo que estaba a su lado se le quedó viendo un poco disgustado por la costumbre de su padre, no era la primera vez que lo escuchaba burlarse de ese modo.

___Oiga papá___ dijo el muchacho de apenas quince años: ___ sabe que la Candela y yo nos hemos estado viendo a escondidas de su tata, nosotros hemos pensado que es tiempo de formar familia, por eso nos vamos arrejuntar. Está seguro mijo, y para donde se van a ir, pos hemos pensado que para San José___.

El padre se quedó mirando aquel cuerpo escaso y sus pies descalzos, su camisa ya raída por el uso diario, y sus dos piernas encorvadas a los lados, ¿qué futuro tendría los dos en San José?, solo conseguirían pasar por dos indigentes más, de los tantos que ya hay por allá.

___¿Sabe qué mijo?___ le tengo malas noticias, no es por desilusionarlo, pero la Candela no es buena muchacha, mientras usted está pensando, ella anda de alborotada con Ñor Jacinto, el de las

verduras. Ya no le de más vueltas a ese asunto y apúrese a recoger las lechugas, antes de que llegue el agua y ya no podemos hacer nada.

LIBERTAD

Siempre que miraba al horizonte se preguntaba que había más allá, más allá de los árboles, del camino que altanero y desafiante cortaba en dos el paisaje que tenía ante sus ojos. Ya eran más de las cuatro cuando su madre lo llamaba para traer las vacas de regreso, debía limpiar luego la entrada del galerón, recoger los canastos de maíz y llevarlos a la troja, el café aún descansaba al sol sobre la manta.

Seguía incesante la pregunta en su mente, que había más allá; al amanecer nuevamente el trabajo de todos los días, como podría haber algo más, si la vida es una eterna monotonía de rutinas, de días que se suceden uno al otro sin cambio.

Pronto se ponía el sol y la vieja lámpara de aceite medio iluminaba su aburrida existencia mientras se acostaba en el camastro duro de troncos y lona. Su madre dormía al lado, no tenían espacio para otro camastro; además era el hombre de la casa, debía cumplir con todos sus deberes, era su obligación. Un día ella se acostó y ya no despertó más. Solo y desesperado, con la mirada fija en la línea púrpura y dorada línea que desdibuja ese horizonte que tanto lo atraía tomó la decisión: camino y camino hacía él, nada lo detenía ya, su madre ya no estaba y el lugar lo aplastaba sin piedad, liberó las cuatro las vacas, no atendió más ni el maizal ni el cafetal, caminó determinado a llegar a esa franja de colores que coqueteaba con él todos los días.

Nunca más su mirada daría marcha atrás, ahora era un hombre libre.

ADICTA

"Con la mente perdida y el cuerpo desfigurado recorre las calles con su vida en una mano y las drogas en la otra"

Bailaba alegremente sobre una de las bancas de la plaza, parecía participar de algún tipo de comparsa personal e invisible; era tan obvio su

descontrol mental, que los paseantes preferían apartarse muertos de risa algunos, con gestos de asco y hasta miedo los demás. Su cabello ligeramente ondulado bajaba hasta la media espalda como una cobija de lana vieja, su piel manchada, mostraba el triste deterioro que la adicción provoca en el interior de su cuerpo. El desconcierto de los presentes era tan palpable, parecía incluso parte del habitual paisaje. De su cartera descocida sacó un desodorante barato que empezó a untar sobre su ropa como una cosa natural, levantó entonces la tela que amarrada a su torso hacía las veces de blusa para seguir untando la barra sobre su piel. Un sostén rojo fue lo único que impidió ver sus senos desnudos en plena ciudad y la molestia de los que almorzaban, les hizo levantarse indignados ante el desagradable espectáculo. Dos mujeres que compartían una banca común se miraron incrédulamente sin poder disimular ni un poco, la risa ridiculizante que les provocó la vista, una comentó lo frío que se tornó el día, la otra siguió la breve charla asintiendo en lo acertado del comentario como respuesta, se marcharon después de forma tan rápida y natural como les fue posible. La fuerza pública se presentó minutos después de haberse marchado la mujer con su baile carnavalesco y su olor a violetas, por las calles repletas de personas indiferentes a su presencia.

ABANDONO

“El mayor engaño que se puede sufrir, esta en nuestra propia ingenuidad”

En un libro de filosofía encontró escritas las respuestas a preguntas del entendimiento que el jamás se había hecho y tomó como verdades universales las razones más incrédulas que el ingenio humano pueda inventar. Desde entonces se le veía con su bata larga de algodón y una cinta atada a la cintura caminando orgulloso por las aceras repletas de huecos, charcos de lodo y perros callejeros que encuentran en cualquier parte un punto cómodo para dormir, su nueva religión le exigió vestirse de ese modo pues lo mundano de la gente ya no era pare de él o de su espíritu renacido en la nueva luz que ahora lo guiaba a la perfección.

Cuando el maestro le pidió deshacerse de toda pertenencia terrenal no lo dudó, enseguida, un abogado que con gusto brinda sus servicios en nombre de la fe arreglaba los documentos de traspaso de propiedad y bienes. Pronto todo lo que su trabajo produjo quedó en manos de la hermandad. Sus lecturas y retiros espirituales eran cada vez más frecuentes, con la determinación de un devoto seguidor, recorría las calles

en busca de nuevos adeptos a sus creencias, ovejas perdidas en un acantilado de perdición y desesperación, "La victoria sobre su cautiverio solo se logrará con el desprendimiento de todo bien material que se posea", era la frase que se leía en una placa sobre la puerta del edificio blanco que la hermandad ocupaba en el centro de la capital.

Cuando ya su devoción no consiguió dar más pruebas de su fe, la realidad chocó de frente con él, ni el maestro ni sus hermanos mayores le salvaron de la dura caída, el lugar estaba completamente vacío.